

por Daniel Vidart

Al igual que lo acabó con la conquista del litoral brasileño por los navegantes portugueses, la penetración y asentamiento de los españoles en la cuenca del Plata no fue la obra de un poderoso caudillo carismático ni se cumplió en un breve plazo.

Contrariamente a lo sucedido en México y Perú, indios fuertemente centralizados, donde los ejércitos de Cortés y Pizarro desarticularon velozmente la resistencia de los ejércitos imperiales a partir del cautiverio de Moctezuma y Atahualpa, en los litorales atlánticos los conquistadores chocaron con una diversa constelación de tribus, frecuentemente enfrentadas entre sí. Estas tribus errantes y ávidas a la vez, estaban comandadas por jefaturas repartidas en manojos de poder y autoridad, los cuales, al ser cortados por la espalda de los diestros hispanicos, se reproducían como las cabezas de la Hidra de Lerna. Los conquistadores tenían que vérselas con indios movidos, desperdigados en un espacio rico en sociedades y pobre en recursos alimenticios. Estos hostiles retazos territoriales estaban, según los regímenes climáticos, sometidos a las lluvias que anegaban las selvas, a los solos calcinados derramados sobre las sedientas travas chaguanas, a los vientos pamperos que embravecían las aguas platenses y doblegaban los pastizales de las cuchillas.

Otras organizaciones sociales, otros dispositivos económicos y otros escenarios geográficos que los cambios o andinos imprimían peculiares caracteres regionales a una conquista progresiva, sujeta a retrocesos y empujones, llevada a cabo por una sucesión de capitanes, unos relevantes y los más oscuros, a lo largo de decenios de victorias a lo Pirro y derrotas que al cabo no lo eran, pues los vencidos quedaban en el terreno en vez de regresar a sus hogares transatlánticos.

Es por ello y no por otra cosa que en las franjas frontales de una frontera labi y disputada, donde chocaban los intereses de España y Portugal, los pasos más efectivos en la penetración espacial y el sometimiento de los indios los dan los campos asentados en los tenuis paisajes culturales nacidos al mandato de una heroica necesidad de supervivencia. Tal es lo que sucede con los mampelucos y bandeñantes en el lado brasileño, los «mancabos» de la tierra proyectados por la capatía de Asunción y los indios guaraníes reducidos en las Misiones Jesuíticas pero no prisionados en ellas.

DOS TIPOS DE CONQUISTA

Los llamadores de las minas de plata y oro en los territorios de México y Perú determinan que la flor y nata de los conquistadores hispanicos se encaminen a esas zonas de rápido enriquecimiento. De tal modo los esfuerzos de la corona española, encauzados durante el reinado de Carlos V y Felipe II en una dura lucha contra otras potencias europeas, se concentran ahincadamente en la explotación y mantenimiento de esos puntales del mercantilismo, doctrina basada en la convicción de que las riquezas metalíferas constituyen el fundamento de la prosperidad económica. Apegadas a este dogma, las expediciones prohibidas por su riqueza que parten hacia las lejanas comarcas del Plata van en pos del paso hacia el Oriente; en cambio, las que responden a la iniciativa particular, tal cual sucedió con la de Don Pedro de Mendoza, quedan libradas a la «osidad y minción» del conquistador empujante.

Pero como se verá, quienes parten de Europa sin conocer antes las peculiaridades de los hombres y de las tierras del Nuevo Mundo, tendrán grandes dificultades para imponerse a los unos y adueñarse de las otras. La quimera de plata que obsesionaba a este conquistador hispanico de América sería aventada por la cruenta realidad. Por lo contrario, los remanentes de colonos-conquistadores dejados por el Primer Adelantado, a quienes las circunstancias convirtieron en buenos conocedores del indio y la naturaleza circundante, emprenderán una lenta apropiación del contorno a partir de la mediterránea ciudad de Asunción.

RASGOS DE LA COLONIZACION PLATENSE

La efectiva penetración en la cuenca del Plata estuvo a cargo de colonos pobres. Ellos fueron quienes inventaron de nuevo el mundo tecnológico, tal como lo hizo el taumaturgo Irala, todo un héroe cultural. Dicha gente llevó a cuevas un aura de democracia esencial, fundamentado en la mixión somática y la empatía con un aborigen convertido en aliado y pariente, tal como sucedió en el paraguayano Paraíso de Mahoma. El régimen de la encomienda no funcionó en estas latitudes. No hubo

un sector de señores y otro de indígenas semiesclavos, como en las zonas privilegiadas de América colonial. El indio manso fue un colaborador laboral y una matriz genésica; el indio bravo



Un conquistador español. (Dibujo de la época).

un enemigo perpetuo, un empecinado obstáculo entre el avance de los europeos o sus hijos criollos y el extendido horizonte de las pampas, chacas o cuchillas de comarcas sin minas a la vista, prontamente pobladas por vecinos-cimarrones que ofrecían a las indias arrogantes, a los «mozos sueltos» y a los escasos pobladores más o menos sedentarios de las inmensas estancias un alimento grávido y una riqueza modesta—carne, grasa, crin—perdurable. Otro rasgo que caracterizó a las conquistas del litoral atlántico por los portugueses y los españoles fue la interacción de las poblaciones fronterizas. Lo que más tarde serían Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay conformaba un prepaís regional, un teatro geográfico compartido en cuyos escenarios se sucedía, ya en la paz, ya en la guerra, un ir y venir de actores sociales y agentes culturales enfrentados con el aborigen o aliados circunstanciales del mismo, opuestos o asociados entre sí en la gigantesca, difusa y perpetua actividad del contrabando. A estos representantes lusitanos y españoles y sus descendientes criollos—señaló al pasar las figuras de Hemandarias y el Reposo Tavares—se suman tempranamente los franceses, los ingleses, los holandeses y otros recorrecostas y soldados de fortuna europeos, dispuestos al asentamiento provisional en una factoría costera, o, si cuadraba, al zarzapazo colonialista.

EL MENTIROSO RIO DE LA PLATA

El Paraná Guazú indígena, transformado sucesivamente en Mar Dulce y Río de Solís, se convertirá, luego de la frustrada expedición de Gaboto, en Río de la Plata. Pero antes de ser un presunto camino hacia los dominios del Rey Blanco o al país de la Sierra de Plata—con estos nombres se mentaba en los relatos míticos de los indígenas y de los navegantes creídos el halo de leyenda y misterio que circundaba al

Potosí, la montaña argentina del Alto Perú—la escotadura del Plata constituía, para las imaginaciones de los marinos peninsulares, el canal que llevaba hacia el Mar del Sur «descubierto» por Balboa, al que Magallanes, engañado por una travesía inusualmente tranquila, denominó Océano Pacífico.

ANTES Y DESPUES DE MAGALLANES

Magallanes, cuya escuadra ancló ante el Cerro de Montevideo el 10 de enero de 1520, buscaba en el Río de la Plata ese tan anhelado paso. No lo halló. Pero esta frustración fue compensada por dos sucesos de importancia: uno de sus capitanes, Juan Rodríguez Serra no remontó el río Uruguay hasta la barra del Río Negro, relevando a los europeos un camino fluvial familiar a los indígenas, y el contirmaestre Francisco de Albo llamó Monte Vidé a nuestro cerro tutelar. Este nombre se extendió luego al puerto y a la ciudad nacida en el segundo decenio del siglo XVIII, sustituyendo el de Nuestra Señora de la Candelaria, con el que Solís había denominado a la bahía el 2 de febrero de 1516.

Antes y después de Solís y Magallanes, a la chilicallando, arribaron furivas expediciones de españoles y lusitanos a esta singular escotadura, receptáculo de los caudales del barroso Paraná y el—entonces—cristalino Uruguay. Venían con intenciones semejantes: no a quedarse sino a indagar, a reconocer las costas de una América de segunda, muy pronto menospreciada por los hidalgos que procuraban un rápido enriquecimiento en las Indias.

La expedición de Gaboto, italiano anegado al servicio de España, no había salido con rumbo a nuestras costas, como antes nos contaban los manuales escolares. Su misión, oficialmente encomendada por la Corona, debía encaminarse hacia las islas de las Especias; al Moluzú que se comunicaba con sus alinos vegetales a los comerciantes de productos gastronomicos, gratos al paladar de las élites europeas y necesarios para salvar las carnes de la putrefacción y el desahitamiento.

Pero los vientos, o un incoñestado destino, lo arrastraron hasta Pernambuco donde un marino de la armada de Solís lo tentó con noticias deslumbrantes. En efecto, por la escotadura del río como mar, situada más al Sur de la Lagoa dos Patos, donde subsistían los naufragos de una nave del infortunado Piloto Mayor que regresaba a España se podría llegar a las riquezas de la Sierra de Plata. Así como Pizarro y los suyos habían entrado por la puerta

grande, flanqueada por los derrotados incas, Gaboto y su gente podían colarse por la ventana trasera, abierta sobre el salvaje correr donde pululaban las indias tiriterantes. El ávido veneciano no dudó más. Enfiló hacia el maridion, no sin antes sofocar la airada protesta de los capitanes españoles leales a lo acordado con la Corona, recogió de paso a los naufragos, ya andados y por ende utilísimos intérpretes o lengua-

DIEGO GARCIA DE MOGUER ENTRA EN ESCENA

bruna y tras ella una noticia traída por los indios, cuya intercomunicación tribal era rápida y eficiente, acerca de la aparición de unas embarcaciones de gran porte que, cautelosamente, remontaban las aguas del Paraná.

Diego García de Moguer entra en escena. Gaboto creía que se trataba de sus



Primer plano del Río de la Plata. Fragmento del gran mapamundi trazado por Sebastián Gaboto, de acuerdo con los conocimientos adquiridos en sus viajes, y publicado en 1544.

naves, ya que algunas habían quedado en el Sur por ser de mayor calado, pero quedó sorprendido y contrariado al ver las embarcaciones y sus tripulantes. Quien remontaba el Paraná era Diego García de Moguer, soldado de España el 15 de enero de 1526 para atravesar el Estrecho de Magallanes y colonizar las costas de lo que hoy es tierra chilena. Al igual que Gaboto, mientras recalaba en tierras brasileñas, fue tentado por el tintineo de la plata. Unos residentes de San Vicente le soplan los cuentos que rodaban sobre la fabulosa Sierra y del no menos mentado Imperio del Rey Blanco. La costa brasileña era todo un arsenal de chismes; en el futuro puerto de Santos recalaban navíos de todas las banderas demostrando de ese modo que ese extenso litoral era una especie de res nullius, abierto a los soldados y marinos de la Europa navegante.

LOS RIOS PROMESEROS

Había prisa en explorar los tentadores, los promeseros ríos que descendían desde el corazón de las tierras donde, sin duda, se levantaba la Sierra de Plata. Mientras el capitán Juan Alvarez Ramón, destacado por Gaboto, navegó Uruguay arriba, no más allá de la barra del Río Negro, el veneciano remontó las aguas del Paraná hasta la barra del Carcarana—antes había construido en la costa uruguaya el reducto de San Salvador—y erige Sancti Spiritus, un misero estadero posposamente denominado fortaleza. Desde allí asciende lento, pensosamente hasta la barra del Río Paraguay, remonta entre los tiempos y corrillos crecientes estragos del hambre —los exploradores comían cuanto sabandija caía en sus manos y complementaban esa vianda, donde no faltaban los ofidios, con las raspaduras de cortezas arbóreas—hasta que en un puesto bautizado con el nombre de Santa Ana, ya en aguas del Paraguay, los indígenas, pertenecientes a una tribu pacífica, les ofrecen a los extraños visitantes reparadores alimentos: dorados y surubiles del río, carne de venado, caza-be (pan de mandioca) y aguachén mazamorras. Este breve respiro no conjura la bisonería de aquellos europeos, incapaces de abastecerse en la huerta franca de una naturaleza desconocida. Volvió la ham-

bruna, ya que algunas habían quedado en el Sur por ser de mayor calado, pero quedó sorprendido y contrariado al ver las embarcaciones y sus tripulantes. Quien remontaba el Paraná era Diego García de Moguer, soldado de España el 15 de enero de 1526 para atravesar el Estrecho de Magallanes y colonizar las costas de lo que hoy es tierra chilena. Al igual que Gaboto, mientras recalaba en tierras brasileñas, fue tentado por el tintineo de la plata. Unos residentes de San Vicente le soplan los cuentos que rodaban sobre la fabulosa Sierra y del no menos mentado Imperio del Rey Blanco. La costa brasileña era todo un arsenal de chismes; en el futuro puerto de Santos recalaban navíos de todas las banderas demostrando de ese modo que ese extenso litoral era una especie de res nullius, abierto a los soldados y marinos de la Europa navegante.

SI SEÑORES: CHARRUAS

En el mes de mayo de 1528 se encuentran los rivales. El uno había salido hacia el Oriente, vía cabo de Buena Esperanza, y el otro hacia el Mar del Sur, vía Estrecho de Magallanes. Ambos habían desviado sus rumbos, trineados por una idéntica ambición de rápido enriquecimiento. Y ambos se encontraban ahora, como quien malversa las órdenes recibidas y las promesas empuñadas y se topa con el otro, sorprendentemente, en idénticas condiciones de desmesura y desatado. Conviene decir a esta altura del relato que antes de remontar el Paraná Diego García había navegado veinticinco leguas por las aguas del bajo Uruguay, al que llama Ouray, que consta en su Carta, en la cual denomina ora chaurruicas, ora charruases, a los valientes charruas. (Este Diego García quizá fuera de origen portugués y conocía bien la zona de Galicia. En Alianz, una de las pueblas gallegas, sin duda desde antes de la conquista de América y por ende del conocimiento de los indígenas rioplatenses, durante las fiestas de carnaval salía un grupo de enmascarados llamados los charruas. Si señores: charruás, sí, como suena y se lea. Quien dude de esta al parecer inverosímil noticia que consulte el libro de Julio Caro Baroja, El Carnaval, Taurus, Barcelona, 1979, pág. 364. El dato original consta en un estudio de F. Bouza Brye, «Mascaras gallegas de origen prehistórico», 1933.)

Al principio Gaboto y García rifan y alegan respectivamente mejores derechos, pero ante lo inexorable de un hecho cumplido, que los empuja en la falta y en la esperanza, terminan aliándose. Juntos descienden las aguas del Paraná y remon-

tan las del Uruguay hasta San Salvador, el minúsculo reducto asentado en nuestras costas, en la barra del arroyo de las Vacas. Allí comprobaban que los marinos-colonos han sembrado trigo para su abastecimiento, pero no los seduce ni por asomo las posibilidades de establecer una colonia agrícola en esas fértiles y a la vez desechables tierras, desprovistas de minas y, por añadidura, habitadas por los aguerridos charruas. Los aguileños el afán de descubrir las fabulosas minas, de entrar por el patio trasero en los dominios de los metales nobles. Porque esa, la de la plata y el oro, es la verdadera, la única riqueza de este mundo que, según escribiera Colón desde Jamaica a los Reyes Católicos, permite a los cuerpos disfrutar de los bienes terrenales y a las almas entrar en el Paraíso.

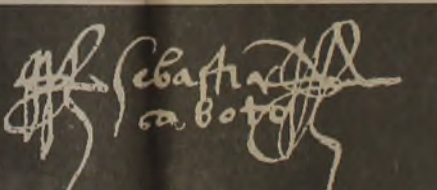
OTRA VEZ TRAS LA QUIMERA DE LA PLATA

Gaboto y García hacen construir en San Salvador, convertido también en astillero, livianas naves de poco calado para remontar otra vez, y ahora juntos, el río Paraná. No cesan en su ambicioso empeño de encontrar el camino fluvial hacia el hogar andino de la plata, Marchang agitando el servicio de España y sobrecompadres, dejan en Sancti Spiritus al capitán Francisco César con un piquete para dirigirse por tierra hacia el desconocido interior, en procura de un camino hacia el mundo argentino, remontan las aguas del río Paraguay y al cabo de pocos kilómetros los indios lugareños, que se enteraban por los mensajeros del humo, y muy pronto, de todo cuanto ocurría en los más lejanos rincones de la región, le trasmiten la mala nueva de que el precario fortil de Sur estaba sitiado por tribus en pie de guerra.

Cansados, derrangados, el portugués García y el veneciano Gaboto, ambos al servicio de España y sobre todo, al mandato de sus propios intereses, retornan a Sancti Spiritus. Allí se encuentran con Francisco César, quien a pura pata, había alcanzado las estribaciones de los Andes, en la región puntana de la actual Provincia de San Luis. El capitán español, como aludido, Los indios le habían dicho que tras las montañas, hacia el Norte, se escondía una ciudad resplandeciente, construida con grandes bloques de piedra, cuyos habitantes nadaban en el oro y en la plata. Nada más necesitaba la leyenda para echarse a volar. A los moscos de la Sierra de Plata y al Rey Blanco se sumó ahora el de la Ciudad de los Césares, y esas tres fabulaciones, nacidas a partir de la existencia cierta del Cerro de Potosí y la ciudad de Cuzco, el ombligo del mundo, como su nombre quéchua lo indica, rondarán las mentes calenturientas de los impetuosos buscadores de tesoros y minas metalíferas del Nuevo Mundo.

RECAPITULACION Y PROSPECTO

Las expediciones de Gaboto y García son altamente didácticas. Si se las examina con atención nos ofrecen pistas para encontrar las secretas correspondencias y afinidades existentes en el paisaje entre los actuales países del Mercosur. La exploración de estos ávidos maderadores vincula los litorales brasileños con los uruguayos y los argentinos. Demuestran la capilaridad existente entre unas y otras comarcas: ya por sus paisajes, ya por sus ecosistemas, ya por sus humedades aborígenes. Las navegaciones fluviales inauguraron, para Europa, claro está, la hidrovia Paraná-Paraguay y Uruguay-Río de la Plata, transitadas desde antiguo por los canoeros indígenas. Nos informan de los cronistas que acompañaron a los exploradores o escucharon sus relaciones, de los indios lenguaranes que permitieron el intercambio con los hijos de la tierra, de los baqueanos portugueses y españoles que los amadrinaron y cabestrearon, fueron conformando, al margen de la academia, un atlas geográfico regional, una trama histórica hasta entonces desconocida, un inventario antropológico de pueblos y lenguas, de costumbres y designios de la Gente-Otra. Por ahora estoy presentando y enhebrando los episodios de la penetración europea en nuestras comarcas. Una vez completado este capítulo vendrá el dedicado a los indios en sus relaciones dialécticas con los hombres de Occidente y los braceros esclavos del Africa estibados por los traficantes en el vientro de los barcos negreros. Luego daré paso al testimonio de los cronistas que vivieron ese tiempo tumultuoso y compaginaron sus experiencias en un friso animado, por momentos al margen de lo verosímil; tal fue la gravitación del peso muerto del prejuicio y la ideología en el vivo elemento científico de la balanza valorativa. Una vez presentados los personajes y sus escenarios iremos caminando sobre el desparejo empedrado colonial, al encuentro de los denominadores comunes y los tenaces desencuentros que tendieron puentes o abrieron fosos de incomprensión y agravio en la peripécia histórica compartida desde el siglo XVI hasta nuestros días por los pueblos del Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay.



Firma de Sebastián Gaboto.



El Atlántico Norte, según el mapa de Sebastián Gaboto.